

Editorial

Cuando la Revista realizó la convocatoria a inicios del 2016, el título inicial de la propuesta temática era “Movimientos Sociales y Paz en Colombia”. En el transcurso de las lecturas de los artículos y del estudio de la coyuntura, la edición pasó a llamarse “Movimientos Sociales y Procesos de Paz en Colombia” por considerarlo más adecuado respecto al acumulado y al momento histórico colombiano, en el cual no parece posible hablar de paz a secas, sino más bien de procesos en búsqueda de su consolidación. A continuación expondremos un esbozo general de aquella decisión que, sin intención de agotar el espectro de interpretaciones, encarna la posición del Comité Editorial.

La paz, afirman las ideologías dominantes, se da a través de una reproducción más armónica y eficiente de las actuales relaciones económicas, políticas, culturales, jurídicas, sólo por citar algunas; es decir, alcanzarla equivaldría a la plena realización del orden vigente, imposible hasta entonces por el “conflicto armado”. Por consiguiente, puede comprenderse por qué cuando la clase dominante habla de paz habla de consolidación del Estado, de producción de bienes públicos, de un sistema político más efectivo, de un nuevo modelo de construcción de institucionalidad, de apertura económica, de disposición de nuevos espacios de acumulación de riquezas, de control y seguridad del diario vivir en las regiones y de otras tantas actividades que promueven incesantemente para estos fines.

Pero cuando hablamos de ideologías dominantes no podemos entenderlas como exclusivas de quienes hacen parte de la clase dominante. En el trasfondo, son

el conjunto de producciones ideales sociales, que si bien devienen de las condiciones materiales, no dependen de la orilla de la cual dimanan y más bien son producto del accionar de la sociedad en su totalidad, y por ende, su carácter dominante reside en su prevalencia al momento de comprender lo que acaece. En nuestro caso es preocupante que la noción de paz más extendida, tanto en sectores de la “izquierda” como de la derecha, sea una suerte de homogeneización de todo vestigio de lo diferente, de lo emergente de las contradicciones de la sociedad actual que pueda impedir su normal funcionamiento.

Desde un punto de vista crítico, para quienes conformamos Kabái, la cual consideramos parte de los Movimientos Sociales (MS en adelante), una sociedad en paz sólo es posible mediante la transformación de las relaciones generadoras de violencia, que no solo se manifiestan por medio del “conflicto armado”, sino que se inmiscuyen en todos los rincones de la sociedad. Como bien lo señala Roland Anrup en su artículo de la presente edición: “si el poder político intenta en un momento dado detener la guerra y hacer la paz no lo hace en absoluto para neutralizar los efectos de la guerra o el desequilibrio de las fuerzas en confrontación, sino que reinscribe esa relación en las instituciones y en las desigualdades económicas” (2016).

Por tanto, las actuales relaciones económicas, políticas, culturales, jurídicas y demás, no son el escenario en el cual se puede construir sociedades justas y libres, sino el momento histórico desde donde, a través de la lucha popular, se ha de partir hacia dicha construcción. Así, lo que para la clase dominante son los fines para la paz, para

nosotros apenas unos cuantos pueden aspirar al carácter de medios, teniendo en cuenta que mientras siga en vigencia la lógica de la valorización en su búsqueda por supeditar toda actividad humana al aumento de la ganancia: la educación, la ciencia, la técnica, la tecnología, la cultura, el trabajo, el lenguaje, y en general, toda expresión humana contendrá, en potencia, los gérmenes de la violencia, aquellos que como agentes patógenos reproducirán las relaciones de dominación y explotación, características de la acumulación.

Para oponer una praxis que busque romper todas las formas de violencia ante la pretensión teleológica de imponer la pacificación de la sociedad, los procesos de paz han de ser comprendidos como escenarios de y en disputa, en donde cada parte no solo actúa conforme a su visión, sino que trata de restringir la influencia de sus contrapartes. Replicando la limitada pero pedagógica perspectiva dual, encontramos por el lado de las ideologías dominantes, lecturas de la sociedad cuya visión de lo político reduce los procesos a una mera negociación entre los directos implicados y lo pactado ha de ser preferiblemente implementable e implementado desde las formas institucionales existentes; por otro lado, nuestra lectura según la cual lo político no remite únicamente a la relación institucional de arriba hacia abajo, ni tampoco la guerra ha sido vivida exclusivamente por los actores armados, por ello los procesos de paz no son hechos aislados de la realidad social sino que competen a la sociedad en su conjunto, y dentro de esta, a los MS en su apuesta de construir poder popular de abajo hacia arriba. Que los MS hayan sido claves en la mediación para la negociación, que un actor como el ELN haya puesto como premisa de las negociaciones la participación directa de la sociedad, o que las Farc-EP hayan llevado a la negociación puntos de la agenda de los MS y que de alguna manera el Gobierno haya cedido en reconocer la importancia de algunas de

estas iniciativas, son evidencias de la naturaleza social de dichos procesos.

Es por esa naturaleza social que exhortamos a reconocer y valorar el potencial reformista y modernizador del contenido de los Acuerdos derivados de la negociación Gobierno-Farc-EP, no sin antes dejar abiertos algunos cuestionamientos frente a su contexto y desarrollo: ¿Qué tanto hemos escudriñado en las motivaciones de la oligarquía para proponer una negociación en medio de la rentable economía de la guerra? ¿Cuál es su interés en llevar a cabo reformas modernizadoras? ¿Qué relación guardan los Acuerdos con los nuevos dictámenes globales del reordenamiento territorial para la acumulación (producción/circulación) de capital en latinoamérica? ¿Cuál ha sido el compromiso de las partes por materializar lo acordado? ¿Qué tan astuta ha sido la insurgencia al seguir adelante en su apuesta por cumplir a pesar de no poderse decir lo mismo del Gobierno? ¿Los Acuerdos logran reflejar en su contenido el carácter representativo que dice tener con las mujeres, campesinos, poblaciones negras e indígenas? ¿Tendrán las salvedades de la negociación alguna cabida dentro de las próximas disputas políticas?

Más allá de las dudas, dificultades, inconsistencias y demás, cabe señalar que la complejidad de los Acuerdos y de su implementación sobrepasa la capacidad y la intencionalidad de maniobra de la insurgencia y del Estado, por ende, la aparición de sectores sociales que se apoderen de cada uno de los puntos es de vital importancia si se quiere rescatar algo de lo allí planteado, en suma si se acepta que, tal y como lo afirma Carolina Jiménez, los Acuerdos permiten la apertura de la institucionalidad a la disputa estratégica social (2016), aunque para nosotros se trata más bien de una disputa táctica, asunto que retomaremos más adelante. Asimismo, se hace fundamental apoyar y alimentar los

diálogos con el ELN, mientras se le pide a esta insurgencia que aprenda de los errores cometidos de la negociación anterior y por tanto que sea más inteligente, inflexible y rigurosa frente a la dispar actitud del Gobierno entre lo que reclama y lo que garantiza. Antes de que se nos tilde de apologistas de las guerrillas, lo que estamos exigiendo es seriedad y responsabilidad frente a lo pactado. No es aceptable que lo único que se cumpla sea aquello que se impone por inmediatez o el mínimo requerido para sostener una retórica de la paz.

De forma análoga, una de las críticas que desde el Comité le planteamos a las Farc-EP como organización marxista, es haber descuidado el lenguaje y la forma a la hora de enunciar las reivindicaciones sociales en los Acuerdos, pues al realizar la lectura de cada uno de los puntos, encontramos que han sido codificados bajo tecnicismos esencialmente burgueses, predisponiendo tanto su aspecto comunicativo (son mucho más comprensibles para un abogado que para un campesino) como su capacidad de aprehender la realidad, permitiéndole a la burguesía moverse en su propio campo e instrumentalizar la agenda de los MS. Tal tesis ha sido comprobada por algunos sectores del empresariado o la ultraderecha, quienes, en su condición de beneficiarios de la guerra, han hecho suyos cada uno de los puntos y, por esa vía, no cesan de trabajar para orientarlos hacia sus intereses y cosmovisiones, de ahí que las fracciones que se han ido reconfigurando en vistas a las próximas elecciones amenacen con “hacerlos trizas” en su totalidad o, por lo menos, “corregirlos”, lo que equivale a eliminar sus aspectos progresistas.

De igual modo, la institucionalidad, entendiendo que ha abierto una caja de pandora, que sin embargo conserva en su mano, ha utilizado mecanismos para tomarse los Acuerdos a su favor. Ejemplo de esto fue el plebiscito, con cuyo resultado se lavó las manos el Gobierno y dio marcha a las modi-

ficaciones hechas luego del cierre de la negociación. Otro más reciente fue la decisión de la Corte Constitucional de limitar el trámite de los Acuerdos por la vía rápida (Fast Track): las formalísimas argucias de los magistrados acerca de una supuesta violación de la también formalísima separación de poderes, se basaron en interpretar los tiempos necesarios para la implementación como una imposición del Gobierno sobre el Congreso, y el requisito de aprobar en bloque los puntos del Acuerdo, como una censura de la sana deliberación de nuestros honorables senadores; aumentando en consecuencia el margen de maniobra y el tiempo disponible a la renegociación unilateral, estrechando el de la implementación y provocando la expedición por Decretos Presidenciales de desarrollos normativos que requerían de una mayor fuerza legal, sólo otorgable mediante una Ley Estatutaria expedida por el Congreso a través de la vía rápida.

Asimismo, la Reforma Tributaria, la Ley Zidres, la erradicación de las plantas de coca a los campesinos sin sustitución de cultivos, la actualización del Código de Policía, la entrada en vigencia de la nueva doctrina militar DAMASCO en la que se dio continuidad al servicio obligatorio, a la mercenarización de las funciones militares al servicio del capital privado y a la represión de la movilización social; la desatención ominosa ante el copamiento paramilitar de las áreas dejadas por las Farc-EP, las persecuciones, amenazas y asesinatos de amnistiados, ex combatientes y familiares de esa insurgencia, así como de líderes y lideresas sociales; las estrategias para sacar de la Jurisdicción Especial para la Paz a militares, policías y “terceros”, y relegar a un segundo plano a las víctimas, entre otras jugarretas adelantadas mientras se negociaba y hasta la actualidad, concretizan el evidente esfuerzo del Gobierno por incumplir todo lo que le sea posible. Así, en la esperable recomposición de las facciones, la diferencia entre la

derecha antiacuerdos y la derecha proacuerdos se hace cada vez más estrecha: las acciones facinerosas de ambas están, por un lado, sepultando gradualmente el sentido orgánico de lo que era un Acuerdo, que en su comprensión inicial apuntaba a ser un esfuerzo reformista conjunto por atenuar las condiciones objetivas que originaron el “conflicto armado”; y por otro, elevando a la superficie un vacío en lo convenido frente a esas condiciones objetivas “pasado por alto” hasta ahora por el fetiche del sistema de partidos: reconocer el carácter excluyente de su juego político y abrirle la posibilidad de jugar a unos cuantos más, no implica que las reglas del juego hayan cambiado ni que sean iguales para todos: quien se anime a jugar lo hará siempre como intruso y bajo las más ínfimas posibilidades de competir posiciones de privilegio y poder.

¿A qué se debe tal despliegue de la maquinaria continuista del bloque de poder? Ante este escenario, tenemos que asumir una postura crítica de la coyuntura para identificar las causas y los alcances de dichas maniobras. Verbigracia, frente al aumento de los aparatos armados y comunicativos estatales y paraestatales hace falta cuestionarse: si las insurgencias están dejando atrás la lucha armada ¿contra quién apuntarán las armas y las cámaras? ¿el proceso de paz significa la superación de la lógica del enemigo interno? ¿asumirá un término como “castrochavista” el papel del guerrillero otra vez vestido de civil?

Ahora bien ¿Se tratan de circunstancias aisladas que representan una indisposición de ciertos agentes por detener la lógica de la guerra? ¿es suficiente con recriminar los actos violentos de las fuerzas armadas o de los medios de comunicación? ¿una gran reconciliación nacional podría significar un nuevo comienzo? O quizás ¿sería acertado entender estas circunstancias como manifestaciones conflictivas de las contradicciones que emergen del relacionamiento so-

cial, y por ende, el despliegue de la maquinaria como la obstinación histórica de la clase dominante por mantener las contradicciones a su favor?

Las primeras tres interpretaciones nos hacen pensar que la solución sería simplemente “un cambio” de subjetividades, es decir, un cambio de gobierno, un cambio de partido dirigente, una nueva mentalidad de “no corrupción”, y al final, un perfeccionamiento moral de los individuos y de las instituciones. La última, más bien, nos plantea una concepción donde la subjetividad es obra de lo objetivo y la objetividad es creación de lo subjetivo, es decir, los individuos no se comportan autónomamente en un terreno dado a priori de su existencia o por su propia comprensión a priori de la realidad, sino más bien, el terreno en el cual se comportan es construido y comprendido por el conjunto de todos los individuos que entran en el entramado del sistema social de producción, tanto ideal como material. El sistema político, la moral, la propiedad privada, la cultura, y toda manifestación social, no son hechos que se puedan explicar por sí solos, hacerlo es caer en el encanto del fetiche de interpretar lo dado como algo natural que basta con ser cambiado en su forma, más no en su esencia, para resolver la conflictualidad que lo caracteriza.

Es a partir de esta concepción que planteamos tanto los límites reformistas y del reformismo, como el alcance táctico de los Acuerdos. No se está negociando el orden hegemónico, es decir, no se está proponiendo la senda revolucionaria que dará vida a una sociedad libre y justa, algo obvio cuando queda claro que el marco de la negociación oscilaba dentro de los límites capitalistas. Pero tal cosa no significa que los MS relevan a un segundo plano la importancia histórica de los Acuerdos. No pueden despreciarse las luchas particulares ni las luchas estructurales, sino articu-

larlas entre sí, bajo el entendido de que los MS no son ni deben ser una masa uniforme que actúa con agendas idénticas.

Hace falta redoblar esfuerzos por mantener cuanto sea posible el espíritu progresista de lo pactado, e incluso apuntar a su profundización. Hace falta redoblar esfuerzos, no tanto porque se esté haciendo poco o porque los contenidos sean la panacea de reivindicaciones sociales, sino por ser el escenario más adecuado para llegar a las masas populares y ampliar las bases de los MS, demostrándole a la clase dominante la voluntad latente de cambio. Hace falta redoblar esfuerzos, en especial cuando se reconoce el doble filo del reformismo que arrastra en su sombra a la contrarreforma: justo cuando abre su caja de pandora, la burguesía recuerda que la pérdida del tiempo, del control de los cuerpos, del Estado, de los territorios, de los medios de subsistencia y los de producción, son de los pocos lujos que no se puede permitir ante la iniciativa de la clase trabajadora.

Los MS en lugar de estar quejándose sobre las apropiaciones de los Acuerdos -tal y como lo hicimos nosotros- tendrían que estar identificando que los miedos expresados en la idea de la toma del poder “castrochavista, ateo y homosexualizante”, son puntos potenciales de resistencia o ruptura, solo que reflejados en la paranoia reaccionaria. Las masivas movilizaciones en apoyo a la paz luego del plebiscito, la detonación de las Consultas Populares en Cumaral, Marmato o Cajamarca y las que se aproximan en más de cuarenta poblaciones en contra de las explotaciones minero-energéticas, las mingas de los Nasas por la Liberación de la Madre Tierra en cumplimiento de los mandatos de la plataforma de lucha del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), paros como el de Buenaventura, Chocó, Segovia, Remedios, los de los maestros y los estudiantes, entre otros, son luchas que demuestran

los escenarios de disputa mucho mejor que cualquier elucubración académica. Son todas manifestaciones que contienen en potencia las simientes de la transformación, aquellas que como embriones fecundos, son susceptibles de crear relaciones antagónicas a las existentes, emancipatorias y necesarias para la superación de la primacía mercantil.

Los Acuerdos, entendidos no desde su contenido, sino desde el momento histórico que inscriben, representan primordialmente la oportunidad de agudizar y expandir la movilización social, de agotar los mecanismos de participación, de garantizar la protección de los derechos humanos, de consolidar espacios estratégicos de lucha, es decir, replantear las instituciones, veredas, plazas públicas, calles, fábricas, etc., como escenarios de y en disputa. Pero también, inauguran la posibilidad de una nueva etapa de terror marcada principalmente por la incesante destrucción de los recursos naturales, la invasión del capital extranjero, y la intensificación del conflicto armado urbano y rural en manos de los grupos neo paramilitares (sucesores del paramilitarismo); y tras de estas acciones el despliegue de una renovada persecución anticomunista con el argumento de defender los territorios del “germen subversivo y comunista” que poblarán los barrios y comunas tras la “culminación” del proceso de paz con la insurgencia de las Farc-EP.

En nuestro contexto urbano -la ciudad de Medellín- las limitaciones de los Acuerdos y el hecho de que estos no constituyen la paz son más que evidentes. Nuestra ciudad impone un contexto altamente hostil, en especial para aquellos que promueven propuestas alternativas de hábitat y de relacionamiento. El bastión colombiano de la ultraderecha, en su oposición a los Acuerdos, deja otear el poco asidero a cualquier manifestación de pensamiento crítico, dificultando la oportunidad de catapultar el aspecto táctico del contenido así como del

momento histórico inaugurado. Sumergidos en una lógica hegemónica que sitúa la confrontación social en medio de una guerra por el control del territorio, por las plazas de vicio, por las mujeres, por la niñez y la juventud, por el cobro de las vacunas, por la dominación ideológica-cultural mafiosa, la aplicación de la ley por mano propia; y por otro lado, una violencia institucional que despoja, militariza y planea ordenamientos territoriales en aras del “desarrollo” y la “innovación” en contra de los sectores más desfavorecidos, que gasta la mayor parte de su presupuesto en instrumentos para una seguridad que no tiene problema en comulgar con la criminalidad siempre y cuando se proteja la propiedad privada.

Sin embargo, el pensamiento crítico no puede promulgar una espera de condiciones favorables para entrar en acción, mas bien, tal y como hemos defendido desde la Revista, es precisamente en la praxis en donde se deja el papel pasivo de la espera y se lucha por obtener una mayor favorabilidad de condiciones, es aquí donde la crítica debe de afilar sus armas de batalla, donde la lucha ideológica deja de ser mera cavilación de lo abstracto y aterriza en lo concreto como fuerza transformadora.

En la relación de Kabái con los Acuerdos nos situamos, en primer lugar, dentro del momento democratizador de las instituciones que pretenden impulsar: es inadmisibles la invisibilización del 99% de los integrantes de la Universidad en la toma de decisiones y posiciones sobre su direccionamiento, por lo que consideramos fundamental adherir a la lucha del movimiento estudiantil este elemento de disputa institucional.

En segundo lugar, puntos como el de Derechos Humanos y la Pedagogía de Paz se constituyen como una oportunidad no solo para cuestionar visiones hegemónicas opositoras a otras construcciones ideales y concretas de lo que representan, sino para

incitar la participación activa de la Academia y fomentar la crítica de la mercenarización de su función social a causa de la privatización, pues desde allí, la Universidad solo pone sus manos en donde media un contrato (no es de extrañar la inactividad de la sede en su compromiso como mediadora y socializadora de los Acuerdos). Retomando la crítica a las lógicas de privatización que tratamos de esbozar en la Presentación, exhortamos al movimiento estudiantil a identificar como un frente indispensable de batalla la lucha contra la ciencia positivista, soporte y acicate del pensamiento instrumentalizado al servicio de las actuales relaciones sociales de producción.

En tercer lugar, al reconocernos como apéndice de los MS y frente al desafío que suponen los Acuerdos, nos recogemos en la tarea de acompañar, aprender, estudiar, saber y conocer como un proceso que vincula cada etapa, tal y como lo propone Kabái desde su mismo nombre. En este sentido, ante el momento histórico, orientamos nuestro trabajo hacia la superación del enclausamiento academicista en su relacionamiento distante con la sociedad. Quienes proponemos otra función social de la Universidad no podemos seguir conformando aquellas sectas que se reúnen en las criptas de los bloques. Para terminar citando a Rubén Darío Zapata “el filósofo, ocupándose apenas de las ideas en su cabeza y en las cabezas de otros, no puede resolver los problemas de la sociedad...la praxis más sosegada tiene la posibilidad de dejarse iluminar por la teoría rigurosamente constituida. Pero ello implica estrechar cada vez más el espacio que hoy separa a los intelectuales de los movimientos sociales. Implica que los movimientos sociales se preocupen por la formación de sus propios intelectuales, formados siempre en el contexto de sus luchas de resistencia y con la capacidad de leer la realidad y explorar las posibilidades de transformación, integrado a estas luchas”.